

MARÍA LUCÍA GÓMEZ JIMÉNEZ

EL AMIGO DE LOS NIÑOS

LIBRO DE LECTURA PARA 2º GRADO

Aprobado por el H. Consejo Nacional de Educación



BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS DE L. J. ROSSO C.A.
BELGRANO 475

LL
1925
GOM



00056405

EL AMIGO DE LOS NIÑOS

LIBRO DE LECTURA PARA 2º GRADO

Aprobado por el H. Consejo Nacional de Educación

Escrita por

ANITA LUISA GÓMEZ IMENÉ

MAESTRA ENSEÑANTE



AMERICAN NATIONAL
LIBRARY

*Duplicado.
del N° 30450*

EL AMIGO DE LOS NIÑOS

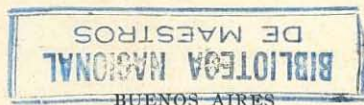
LIBRO DE LECTURA PARA 2º GRADO

Aprobado por el H. Consejo Nacional de Educación



— POR *Sección Infantil* —

MARIA LUCIA GÓMEZ JIMENEZ
— MAESTRA NORMAL —



TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS DE L. J. Rosso y Cía.

1925

120X180

*Es propiedad de la autora,
quien lo pone bajo el am-
paro de la ley 7092.*

A LOS MAESTROS

Con gran amor he escrito este libro.

«El amigo de los niños» encierra todas mis observaciones, todas mis experiencias, que, aunque aun no son muchas en el campo de la práctica, sin embargo guardan el interés y el placer con que las he ido involucrando, al pasar día a día en comunidad con los niños.

Creo que el único capacitado para escribir un libro de lectura, es el maestro de grado y cuando ha experimentado en varios libros la capacidad de sus educandos.

He practicado varios años en segundo grado, y conozco a fondo la idiosincrasia de estos niños. Conozco perfectamente sus características y sus entusiasmos infantiles ante las lecturas de sus predilecciones. Por eso el libro que os presento, tendrá todos los defectos que quieran adjudicársele, pero quizá llegue a salvar todos aquéllos esa íntima convicción que me escuda al saber que, para escribir cada uno de sus «trocitos», he procurado volver — si ésto puede permitírseme — en alas de un en-

sueño, si se quiere, — a las horas de niñez, — y me he hallado entre juguetes, entre amigos pequeños, entre casitas modelo... y así, he deseado ofreceros, en todos los motivos, ejemplos de impecable y maravillosa virtud!

Ahora, en cuanto a la lectura en sí, permítome expresar a mis distinguidos colegas esta convicción: El fin único y muy especial, es enseñar a leer bien, naturalmente, entendiendo lo leído. Para eso, he cuidado de dar soltura y flexibilidad a las oraciones, y armonía en el conjunto del trozo tratado. Para eso, he evitado términos demasiado dificultosos.

Ya queda tiempo más adelante, para recargar la inteligencia con lo demás del lenguaje.

Todo esto predispone a la buena lectura y evita los cansancios cerebrales tan comunes en el estudio de un trozo mal combinado.

No he querido llamar la atención al analizar el asunto, sobre significado de términos ni ninguna otra clase de interrupción que constituya una desviación del fin que se persigue en las clases de lectura. La explicación debe ser rápida como asimismo el significado de términos no puede durar más que breves minutos.

De otro modo no se consigue enseñar a

leer. Todo lo demás, se atenderá en clase de lenguaje o de castellano. Los 25 minutos que marca el horario, son efímeros y si no se lee, jamás se aprenderá a leer.

Lee el maestro, lee la clase y lee separadamente cada alumno y al terminar la hora, tal vez se escuche el ritmo de la música dejada en el alma y en el oído, si con amor y verdadero arte se ha sabido enseñar y hacer amar esa divina gracia que pocos alcanzamos: la de la bella lectura.

Ahí va, pues, «El amigo de los niños»; lo pongo en vuestras manos, queridos colegas; vosotros iréis al aula y si vuestros alumnos consiguen amarlo y aprenden a leer con alma, esto, nada más, será mi recompensa!

La Autora.

EL LIBRO DE LECTURA

Lleno de gozo, corre Belisario a la librería.

Va a comprar su libro de lectura.

La maestra hoy les indicó el nombre y el



El libro de lectura

autor, diciéndoles: Este será el mejor amigo que tendrán, en 2.º Grado.

El niño que cumpla con los consejos que leerán en él, el que lo cuide, como una ver-

dadera joya, ese niño será mañana útil a la Patria.

—Yo, señorita — contestó Belisario — pienso cumplir con él, siempre que pueda.

—Muy bien, hijo mío — respondió aquella, — y ojalá todos tus compañeros hagan lo mismo. Y, ¿qué piensas hacer para conseguir ser un buen lector?

—Estudiar mucho todos los días, para saber siempre mi lectura.

—Eso es, Belisario; como tú harán todos los niños que quieran satisfacerme.

Leerán despacio párrafo por párrafo de la lectura.

Deletrearán y escribirán en un papel o en la pizarra las palabras difíciles.

Se detendrán un momento, para respirar, en todos los signos de puntuación, es decir, coma, punto y coma, punto, etc.

Pronunciarán claramente todas las palabras, sin olvidar las «eses» finales; en fin, procurarán imitarme cuando les leo para servirles de modelo.

Los niños que leen de este modo, se hacen simpáticos: A todos agrada escuchar una lectura bien pronunciada y bien entonada.

El niño que empieza por ser un buen lector, será mañana un buen orador.

Además, el libro es un consejero sincero y sabio: Procurad oírle, queridos niños.

Cuidadlo como a un tesoro, para que hable muy bien de su dueño.

Belisario, escuchó todo esto con la mayor atención e interés, y así, le vemos, correr a la librería no bien llega a su casa.

Luego lo forrará cuidadosamente y estudiará su lectura en voz alta, según se lo ha indicado su maestra.

Belisario será a fin de año un alumno modelo, porque se esfuerza en cumplir lo que le indican sus superiores.

FÉLIX

Este simpático chiquilín, es el mejor alumno de 2.º Grado. Se llama Félix.

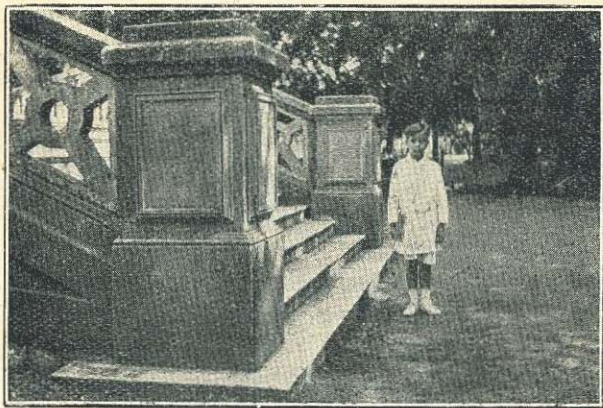
Ahora va a la escuela. Diez minutos antes de la hora sale de su casa. No precisa más tiempo, para llegar antes de que toquen la campana.

¡Qué limpio lleva su guardapolvo, qué brillantes sus botines y qué aseo esmerado el de toda su persona! Por eso la «Srta.» lo pone de modelo en las clases de higiene.

Y, ¡qué me dicen de sus libros y cuadernos?... Están todos de acuerdo con su dueño.

Estudia con amor y constancia y todos sus actos son correctos.

¡Les gustaría a Uds. imitar a Félix?



Félix

LOLITA

Lolita tiene cinco años. Es muy graciosa y mimada.

¡Verdad que queda muy linda con su vestidito de clarín? Siempre está aseada como la veis ahora. No come nada sin la-



Lolita

varse primero sus manitas. Juega horas enteras con sus «chiches» sin mancharse el trajecito.

¿Os gusta a vosotros la pequeña Lola?

¡Cuántos tenéis una mamá que os enseñe a observar tan bien las reglas higiénicas?

Porque esta niñita se baña diariamente con agua tibia, tanto en invierno como en verano.

Y por eso la veréis siempre sana y regordeta!

¡Viva Lolita!

LOS PATITOS

Uno... dos... tres... siete patitos. ¡Qué preciosura! Deben ser de los dueños de aquella casita; pasan la mayor parte del día bañándose en la laguna. Buscan bichitos en el agua tranquila.

¡Qué preciosos quedan los pequeños pal-mípedos, deslizándose por la lagunita!

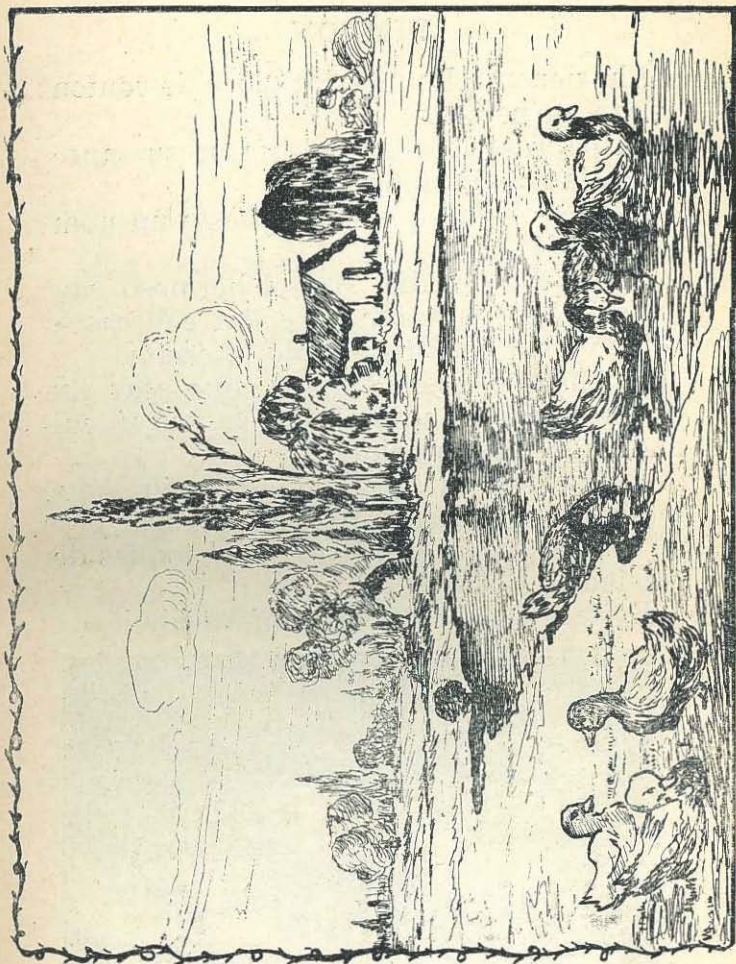
Yo quisiera tener uno de esos patitos.

¡Qué placer me causaría acariciar sus finas plumas!

¡Ah!... Pero en seguida lo dejaría en libertad, porque como es un ave tan delicada, no permite que se le moleste.

Cuando se críen, la familia los venderá, o comerá un rico plato con cada uno de ellos.

Y constituirá éste un alimento sano, nutritivo y de fácil digestión.



Los patitos

PIMPÓN

Ahí tienen a Roque. Está loco de contento con su perro.

Su papá se lo regaló el día de su santo. Lo llama «Pimpón».

¿No es verdad que le ha puesto un nombre raro?

Juega todo el día con el hermoso can.

Ya le ha comprado un collar con cascabeles y está construyéndole la casita.

Mucho me gusta, Roque, que seas tan cariñoso con los animales, pero, eso sí, cuidado con manosearlos!

Acaricia a tu mimado «Pimpón», que mañana será el guardián de tu casa, pero no lo acerques a tu rostro, ni lo toques demasiado!

Evitarás, así, muchas enfermedades.



Pimpón

JORGE

¿Han visto un chico más simpático que éste?

¿No es cierto que tiene cara de estudioso?

¡Oh!... ¡Ya lo creo que lo es!

El papá está contentísimo con su hijo, porque promete ser un hombre de bien.

En la escuela es siempre el primero de la clase.

La señorita ha dicho que llevará un premio, por su conducta. Por ahora, ya es el primero en el «Cuadro de Honor».

¿No es verdad que da gusto ver a un niño así?

¿Cuántos de Uds. desearían parecersele?

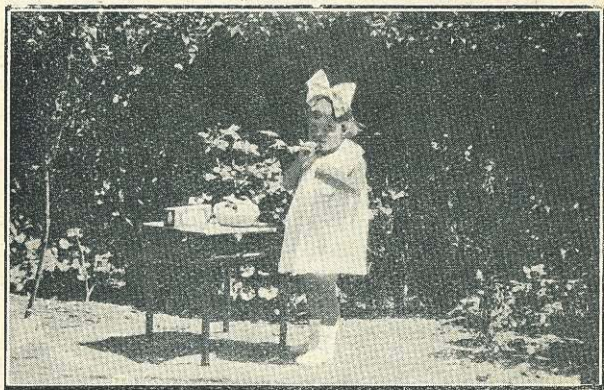
¡Oh, qué encanto son los niños buenos! Por todas partes encuentran cariños y alabanzas.

GOLOSA

¡Cómo saboreas los dulces y confituras,
bella Graciela!

¿No piensas que pueden dañarte?

Ahora, cuando llegue la hora del almuerzo,
seguramente, has de resistirte a tomar
la sopa.



Golosa

Lo malo ha sido dejar las golosinas al
alcance de la niña.

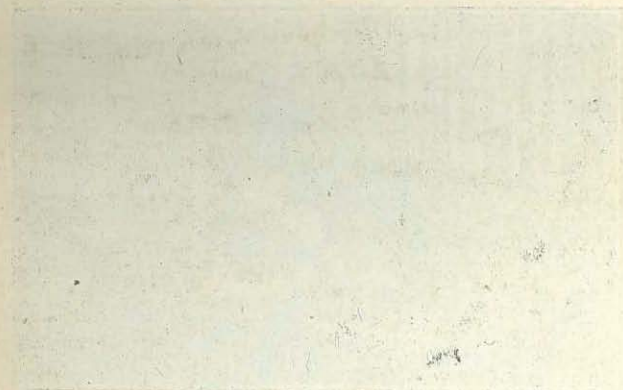
Más tarde tal vez se arrepienta de no ha-

ber oído a sus padres, que siempre le reprochan su excesiva glotonería.

¡Qué tarde será cuando Graciela se convenza de que tiene enfermo su estómago por los desarreglos que ha hecho en la comida!

¡No te parece, chiquilla, que es mejor que no seas tan golosa?

¡No te gustaría convidar a otros niños más pobres, en lugar de comértelo tú sola?



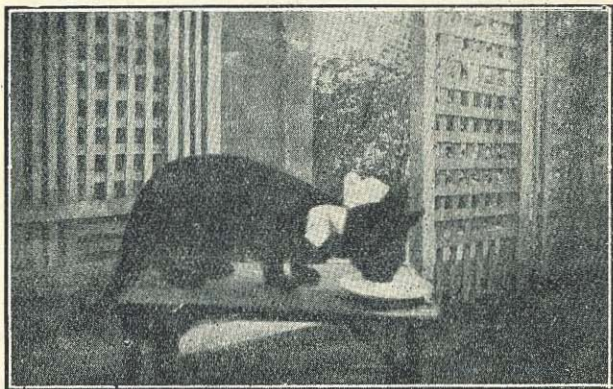
10145 00001 la escuela de
correspondencia de la ciudad de México
y la red de México, para poder
comunicarse con el extranjero.

MICIFUZ

Este precioso gatito es el mimado de la casa.

Se llama Micifuz.

¿No les parece a Uds. que está muy orgulloso, con el bonito moño rojo con que Susana lo ha adornado?



¡Cómo duerme el pícaro gato!
Está tomando el tibio sol de invierno.
Cuando se despierte, correrá por el pa-

tio para atrapar las bochas con que Luis lo hace jugar.

Después tomará su rica leche, que Elvirita le prepara en su tarrito de lata.

Los niños juegan con él, pero se cuidan de sus uñas. Sí, porque este mamífero es muy traicionero, pero como se le trata muy bien, rara vez se enoja.

¡Cuidado, Micifuz!

JUGANDO

Por la tarde se reúnen varios niños en la casa de Roque.

La mamá no quiere que jueguen en la calle como los chicos mal educados.

No se oyen gritos descompasados, ni peleas de ninguna clase: todos son niños cultos.

Ahora están jugando a los trompos.

Roque envuelve, con la mayor destreza, el hilo alrededor del trompito pintado de rojo y luego lo arroja con fuerza sobre el pavimento.

Se oye una especie de zumbido.

¡Con qué placer contemplan bailar el gracioso juguete!

—¡Quiero que baile en mi mano! — grita Juanito y lo levanta con los dedos estirados...

—Mira... tonto... Me hiciste perder — responde su hermano, mirando entristecido el trompo que ha perdido el equilibrio.

—Me toca a mí — dice León; — y así continúa el juego.

EL CANARIO

Pi... i... i... Pi... i... i... trina el pajarito. Pi... i... i... repite todas las mañanas, y sus amables dueños, María, Tito y Dina, aparecen por turno a sus llamados.

—Toma, goloso... ¿Quieres plantilla? — dice uno.

—No... ¿Verdad que un terrón de azúcar? — grita otro de los chiquillos — y ahí están rodeando la pequeña jaula y contemplando los revoloteos de la avecilla prisionera.

—¿Qué preciosas son tus plumitas amarillas! — le dice Dina.

—¡Pícaro!... Cuidado con escaparse, ¿eh? — repite Tito, mientras abre la puertita para limpiar la jaula.

El pajarito no contesta, porque no sabe hablar, pero el bello canario sabe cantar.

Su garganta se deshace en trinos melodiosos.

¿Cantará de alegría?

¿O cantará la tristeza de estar siempre prisionero?

¡Pobrecito! ¿No es verdad que preferirías revolotear audaz por el mundo entero?

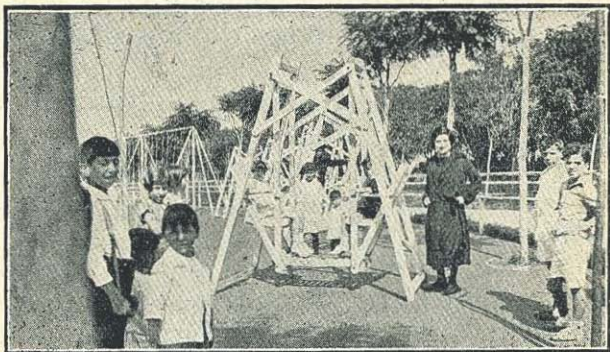
EN EL RECREO

Las niñas y los niños se divierten.

Después de haber trabajado una hora, encuentran placer en el descanso.

Se oyen risas infantiles por todo el patio y juegos de los más variados.

Las maestras conversan también, no olvidándose de vigilar a sus alumnos.



El recreo

—¡Qué haces tú, Luisita, tan sola y pensativa?... ¡Ah! Ya veo a un grupo de tus compañeras que viene a buscarte.

La pequeña es muy tímida y vergonzosa. Nunca se anima a jugar. Pero estas niñas no son egoístas; por eso le acarician e invitan a su rueda.

Así, poco a poco, se acostumbrará a la escuela y tomará cariño a sus compañeras y amiguitas.

LAVANDO

Mariquita lava la ropa de su muñeca.
Ya ha colgado en el hilo varias piezas.
¡Qué lindas enaguïtas le has hecho,
María!

En verdad, se ve que la niña es prolija.



Lavando

porque todas las pequeñas prendas están
bien cosidas.

Es que su mamá la enseña así.

También suele lavar su delantal y otras

piezas pequeñas, para ir aseada a la escuela.

Luego pone la plancha al fuego. Mientras ésta se calienta, la ropa se seca.

¡Qué activa eres, Mariquita!

No dejes de prenderla; mira que el viento puede volártela!

Los pañuelos ya parecen secos. ¡Por qué no empiezas a planchar?

CAMPANILLAS AZULES

Alberto está encantado con su nueva vivienda.

¡Ahora sí correrá con libertad, porque la casa es grande y espaciosa!

Se ocupa con su padre de llenarla de plantas, pero lo que más le preocupa son sus enredaderas.

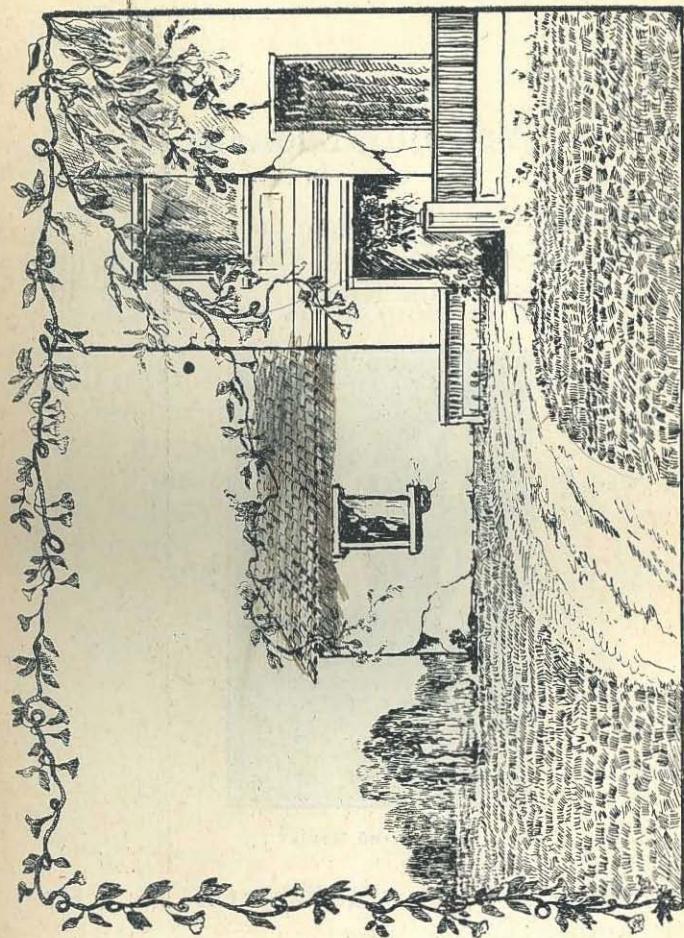
Siempre le ha gustado esta humilde plantita, que con poco cuidado crece, adorna y embellece los modestos muros de las casas pobres.

Por eso Alberto contempla su crecimiento: ¡cómo enreda su fino tallo por los hilos que ha colocado!

—¿Cuándo aparecerán las flores? — murmura el niño.

—¡Pronto, Albertito! Continúa regándolas, y las azules campanillas se abrirán muy pronto a tus ojos — dice la mamá.

Y en efecto: las paredes, antes desoladas, se cubrieron por completo con las graciosas enredaderas, y las flores azules, tan puras como las niñas buenas, fueron recibidas entre las risas gozosas del pequeño Alberto.



Campanillas azules

¿POR QUÉ LLORAS?

Gabriel está muy triste.
Ha llegado de la escuela y no ha querido
ni tomar el te con leche.



¿Por qué lloras?

—¿Qué te aflige, Gabriel? ¡Oh!... ¡Estás
llorando? ¿Qué te pasa?

El niño no responde.

—¡Ah!... Ya sé lo que ha ocurrido.

Este alumno acostumbra copiar los deberes y engañar a su maestra.

La señorita hace días que lo viene observando, pero quería que el niño le confesara su falta, al ser descubierto en un momento oportuno.

Hoy pasó el chicuelo al pizarrón a resolver el problema del día. La maestra cambió los datos.

—Razona las operaciones en voz alta — dijo.

El niño, rojo como una guinda, no hallaba qué hacer. ¡No sabía ni la tabla del dos! ¡Qué vergüenza!

—¡Y ahora lloras?... ¡Qué pena! La mentira es un odioso vicio, que debe ser bien castigado!

Pero Gabriel, después de confesar toda su falta, ha prometido enmendarse.

¡Ojalá sea así!

LOS CLAVELES DE ELOÍSA

—¿Quién ha cultivado con tal esmero esta preciosa mata de claveles? — preguntan todos los que visitan la casa de Don Benjamín.

Y el buen señor, orgulloso de su hija, responde en seguida:

—Pues, Eloísa... Ella es una asidua jardinera.

—¡Qué hermosos están! — repiten, mientras se inclinan para aspirar el suave aroma de las corolas.

—¡Y qué rojos! — agrega otro. — Parecen mejillas de niñas sanas.

La pequeña Eloísa, orgullosa con tantos elogios, corta con toda gracia algunas flores y las ofrece a los visitantes.

En realidad, es un premio a los cuidados de la niña el obsequio de la planta.

¡Cierto! Porque todas las mañanas se ve a la chiquilla con su regadera; remueve la tierra, quita las hojas secas y le prodiga sus amorosos cuidados.

Se la oye también conversar con sus plantitas, como si realmente pudieran responderle. ¡Qué ocurrente! ¡No?

Luego, brincando, vuelve a las habitaciones, con las manos llenas de flores, para adornar sus floreros.

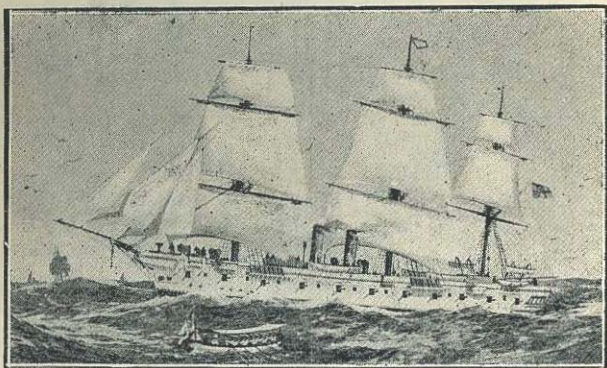
¡Qué simpática me es Eloísa!

EL BUQUE

Ya se aleja el buque de la playa. Ya se hunde su casco, rompiendo el agua dormida...

¿A dónde irá?

¡Ah! Ya lo sé. Lleva pasajeros al Viejo



El buque

Mundo; la mayoría torna a su lejana patria; otros dejan la suya y se ausentan por breve tiempo.

¿Y si el buque naufraga?

¿Si perecen los náufragos, dejando en la desolación sus hogares?

¡Con razón es tan angustiosa la partida de un buque!

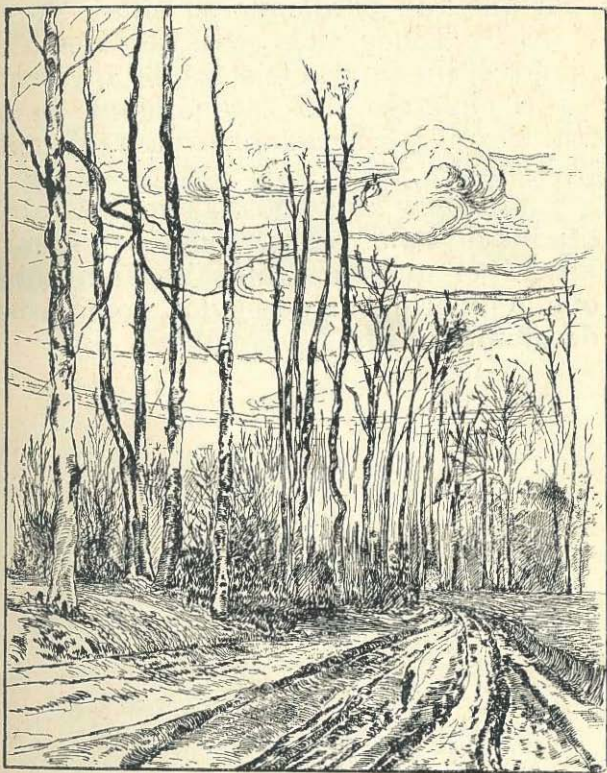
¡Con razón se llenan de lágrimas los ojos de los que quedan en la playa, y sacuden sus pañuelos despidiendo, entre sollozos, el barco que se aleja!

Y luego que se pierda en el confín, los pasajeros del «Reina Victoria» se entregarán a ruidosas distracciones, buscando en el rumor de las olas y los acordes de la música olvido a la triste despedida!

EL OTOÑO

Los días sofocantes del verano han pasado paulatinamente.

Empezamos a sentirnos halagados por la temperatura, más templada y agradable.



El otoño

La naturaleza lentamente va entristeciéndose.

¿Dónde están las graciosas golondrinas de alitas negras y corbatita blanca?

¿Qué se han hecho las bellas mariposas de los jardines?

Y los árboles, tan frondosos y altaneros, ¿por qué van perdiendo su follaje?

¡Ah!... Todas estas cosas son efectos del otoño: él prepara la tristeza del invierno.

Sin embargo, nos proporciona opimos frutos y días agradables para el asiduo trabajo.

Y mientras cruzamos las veredas alfombradas de hojas secas, podemos pensar en aliviar el mal de tantos hogares pobres, que la muerte deja desolados, como árboles de otoño...



TARDE DE OTOÑO

Es una tarde de triste otoño...
Lluviosa... oscura... con cielo gris...
Los pajaritos no canturrean,
Ni el rubio Febo se ve lucir...

Es una tarde de triste otoño...
No hay mariposas en el jardín...
Las golondrinas van mojadas
Huyendo al frío... lejos de aquí...

Es una tarde de triste otoño...
No hay arreboles en el confín,
Sólo los niños, siempre contentos,
Tienen sonrisas del mes de abril...

Pero a los pobres... los pequeñuelos,
Los de ojos dulces, color turquí...
Los pequeñitos que tienen hambre,
Otoño ¡cuántos hará sufrir!

PERIQUÍN

El primer día que llegó a la escuela, Periquín, estaba solo y avergonzado. No hablaba con nadie.

Ningún compañero se le acercaba.

Periquín era pobre y su traje estaba lleno de remiendos. Tenía zapatillas y no llevaba cuello.

La señorita sintió por el pequeño huérfano mucha simpatía desde el primer momento. Habiendo notado su aislamiento, observaba a sus alumnos.

De pronto, Hipólito, el niño de familia más pudiente, se acercó al chicuelo:

—¿Tú no juegas, niño?

—¡No, señor! — contestóle.

—Pero... no me digas señor; ¿no ves que somos de la misma edad? Ven, juguemos.

—No... tengo el traje muy viejo... los chicos se reirán de mí... — dijo, y se puso a llorar.

—¡Dígale Ud., señorita, que yo seré su amigo!

La maestra intervino, y desde aquel día Hipólito alegró la triste vida de Periquín.

—¡Ojalá todos los padres enseñaran a sus hijos como a ti, hijito — agregó aquélla, mientras secaba una lágrima, que pendía de sus pestañas oscuras.

GENEROSIDAD

—¿Qué haces, Aurora, siempre inclinada sobre tus costuras? ¿No ves que eres muy pequeña para ese trabajo?

—No importa, señora, mamá me ha enseñado a coser. ¡Mire Ud. cuánta ropa me falta remendar!

—¿Cómo! ¿Tú que eres tan rica remiendas ropa?...

—¿Y qué tiene que sea rica?... ¿No puedo ser pobre mañana?... Además, esto que compongo, no es para mí...

—¿No es para ti, dices?... Más razón, entonces, para que no te ocupes de ello... ¡Tontina, vete a jugar, más bien!

—Esto es mejor que jugar; mamá me ha enseñado a ser útil a mis semejantes. Todas las semanas preparo los trajecitos y otras prendas que ya no uso; las dejo como nuevas y...

—¿Y qué? ¿No terminas?

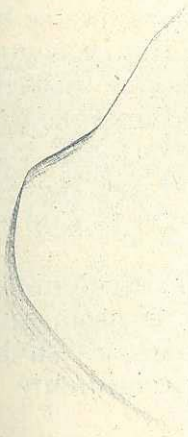
—No me gustaría decirlo... Mamá dice que no deben decirse los buenos actos...

—Pero, ya que ha llegado el caso, dímelo.

—Bueno; yo remiendo ropa para los pobres..., agregando siempre algún juguete, porque mis vestiditos son para niños de mi edad que no pueden gozar de esas regalías.

—¡Ah, qué buena eres! ¡Qué generoso corazón!

Y la señora se alejó sin agregar palabra, algo avergonzada. La niña le había dado una hermosa lección.



HIGIENE

¡Cuántos chiquilines hay en la playa! Uno... dos ...tres... siete... Más allá... veo también a los padres. ¡Habrán ido a pasear al Balneario, aprovechando la hermosa mañana? ¡Ah! Ya sé... no sólo es de diversión este paseo; es especialmente higiénico.

Como el río está cerca de su casa, los padres de estos chiquillos aprovechan sus beneficios y los llevan allí para que se bañen.

¡Qué bien hace esa familia en seguir tan buena costumbre! ¡Con qué apetito regresarán luego de haber tomado tan saludable baño!

En invierno no van al río, pero igual cumplen en sus hogares con tan importante práctica.

Y por eso conservan su excelente salud, porque bien sabemos que el aseo, que proporcionan los baños diarios, es su importante contribuyente, especialmente en la niñez.

Nada más agradable, es indiscutible, que una criatura recién bañada y con su ropa en perfecta limpieza y aliño.

¿No es verdad que pertenecen Uds. a esta clase de niños?

COMIENDO

¿Qué haces, Luis?... ¿Piensas que se va a escapar el plato? ¿Por Dios, Luisito, no hagas eso!

Cualquiera que te vea prendido con ambas manos del plato de lentejas va a creer que eres muy mal educado...



Comiendo — (Niño Modelo)

¿Y por qué tomas el cubierto en esa forma? ¿No te ha enseñado tu mamá que no debe aprisionarse con los dedos todo el mango?

¿Pero, nené, sepárate un poco de la mesa!

Así vas a ensuciar tu traje con la merienda.

¡Ah!... Ya te habrás colocado tu servilleta al cuello, ¿no?

¿Qué?... ¿No la tienes?... ¡Pero, Luisín, alguien va a pensar muy mal de ti!...

¡Pronto!... ¡Ponte la servilleta!... ¡Toma



Comiendo — (Luis)

bien el cubierto! ¡Quita los codos de la mesa! ¡Corta el pan en trozos antes de comerlo!... ¡No hables con la boca llena!... Hoy estás solo, pero mañana, cuando comas delante de la gente... ¡qué vergüenza vas a pasar, Luis, si no te enmiendas!...

LA MAÑANA

Ya amanece. Toda la casa está en movimiento, porque se preparan para un picnic.

Los niños, desde la terraza, contemplan la salida del sol. ¡Qué bonito espectáculo!

Hasta momentos antes se notaba la semi-oscuridad que sigue a la noche. Poco a poco la claridad va aumentando, hasta que al fin se contempla en el Oriente algo como un gran resplandor.

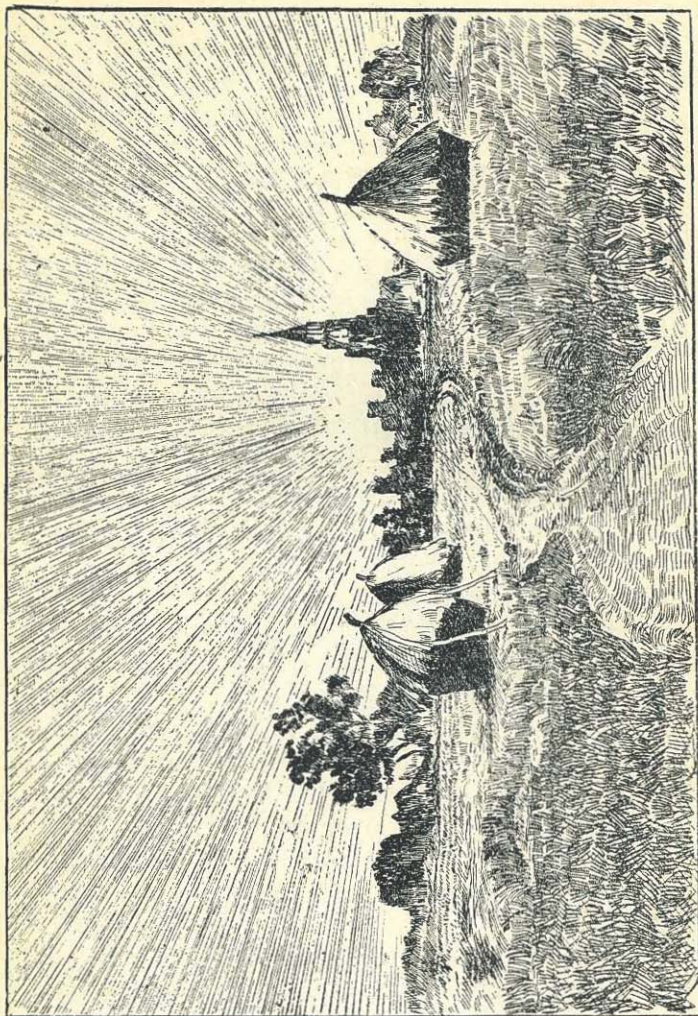
Los niños están extasiados.

De pronto se oye una exclamación general: ¡Qué hermosa! El sol ha aparecido como un gran globo de oro.

Y asciende lentamente por el cielo, rodeado de nubes rojas, violáceas, anacardas... El cielo, en aquel sitio, parece un derroche de piedras preciosas.

Completan esta maravilla los confusos rumores que empiezan a elevarse en la Naturaleza.

¡Ah!... Es que con el día torna la vida y el movimiento. Grandes y chicos, todos se activan para continuar la tarea diaria



La mañana

Y no sólo los seres humanos: los animales también salen por doquier, completando el cuadro de alegría y acción.

Momentos después las calles de la ciudad se tornan deliciosas.

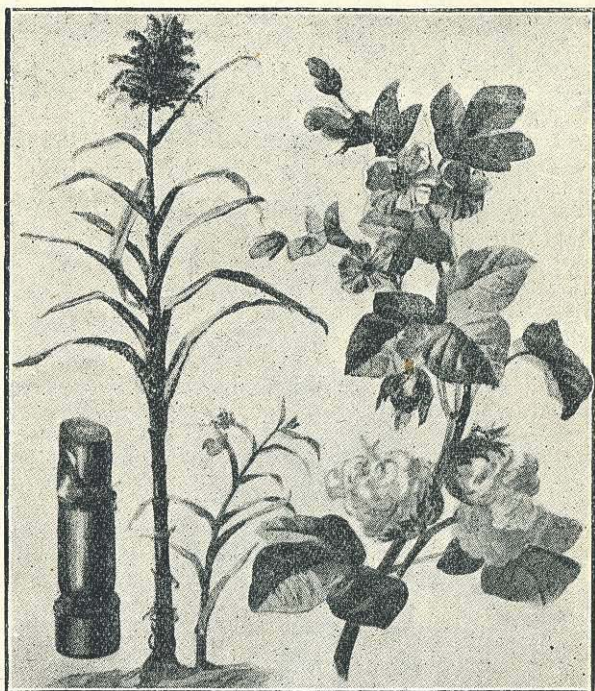
En todas direcciones se ven criaturas vestidas de blanco que, cual ágiles palomas, corren en raudó vuelo al alero preferido... Van a la escuela.

Y este maravilloso cuadro se repite, siempre divino, todos los días, y muchos, por indolencia, lo dejamos pasar, indiferentes.

¡Qué desagradecidos!

PLANTAS

Las plantas, como los animales, nacen, crecen, se reproducen y mueren. Necesitan



Plantas

aire, luz y calor para vivir, porque son seres poco más inferiores que nosotros.

Su belleza infinita, como sus beneficios,

todo lo dan en provecho nuestro, en cambio de un poco de cuidado.

¿Qué sitio más fresco y de más sombra, en el verano sofocante, que el que brinda una frondosa alameda?

¿Qué sabor más exquisito, para apagar la sed, que el que proporciona un cesto con frutos maduros?

¿Qué benefactor más desinteresado que el bosque inmenso y solitario, que transformamos en madera para fabricar nuestros muebles: mesa, cama, silla y otras cosas?

Y todavía no hemos dicho todo: remedios, tintas, fibras para fabricar tejidos, infinidad de utensilios útiles, también proporcionan otras plantas.

¿Habrá ingratitud más grande, me diréis vosotros, que la de ser destructor de cualquiera de ellas?

¡Oh! ¡Yo sé bien que los niños de nobles sentimientos jamás imitarán acción tan cobarde como es la de mutilar un árbol!... Si crecen siendo malvados con tan humilde como benéfico amigo, ¿qué podrán esperar de ellos sus semejantes?... ¡Nada!...

Por eso los buenos, los agradecidos a las bellezas de Natura, plantaremos árboles, obedeciendo al deseo del gran Sarmiento, y perseguiremos tenazmente a sus viles destructores.

LA PRIMAVERA

Estamos en septiembre. Poco a poco han ido aminorándose las lluvias, y los fríos intensos han cesado también.

Nuestros árboles, mustios tanto tiempo, nos sorprenden día a día con una hojita nueva, y a medida que pasa el tiempo se engalana la naturaleza con su perdido verdor. ¡Ha llegado la primavera!

En las quintas encanta divisar los durazneros con su bella copa rosa, dando una nota de hermosura al conjunto de plantas reverdecidas.

Por las mañanas nos despiertan tiernos chirridos que llegan desde el alero: son las golondrinas viajeras, que nos visitan en esta estación de la alegría.

Y el contento y la luz reinan en todas partes; volverán los pequeños, ágiles, por los jardines, porque el invierno se alejó con sus días melancólicos, y la diosa de la dicha llega, derramando flores y prometiendo felicidad.



Ya llegó la risueña primavera
Con sus horas de dulce placidez,
Y en los campos, los prados y jardines
Cantará deliciosa la niñez...

Allá irán tras las blancas mariposas
Los niñitos cantando de placer,
Y cortando fragantes madreselvas,
Con sus plácidas risas se han de ver...

Ya vendrán los alegres pajarillos
En las ramas y rejas a cantar,
Y en las dulces mañanas deliciosas
Con sus plácidos trinos a alegrar...

Y toda la natura engalanada
Vestirá nuevamente su verdor,
Y los cielos de luces coronados
Enviarán a la tierra su esplendor!

ESTUDIANDO

—¡Osvaldo, buenos días! ¡Siempre eres trabajador y bueno? Muy bien; ¡cuánto me alegro! ¡Y qué haces levantado tan temprano?... No vayas a resfriarte, Osvaldito; anda a la habitación. ¡Qué haces en el patio?

—Me levanto temprano para estudiar, señor. Se me ha enseñado que a esta hora se aprende mejor, y mucho más siendo al aire libre — contesta el chiquilín.

—¡Ah!... ¡Qué bien!... ¡Eres un niño modelo!... Ahora estoy conforme. Y los deberes escritos, ¡cuándo los haces? Supongo que no harás todo ahora...

—No, señor; estudio nada más que hasta las ocho...; después tengo que hacer los mandados a mamá...; luego, asearme para ir a la escuela.

—Perfectamente, amiguito; veo que es Ud. muy metódico.

—Me olvidaba decirle que los deberes escritos los hago por la noche...

—¡No será después de comer?... En un niño inteligente...

—¡Es claro! Eso no estaría bien, ¡ver-

dad? Después que he jugado un rato, por la tardecita, antes de la cena, escribo.

—¡Lindo muchacho! — agregó el señor Vélez. — ¡Prometes ser un buen hombre! Mañana te mandaré un paquete de libros instructivos e infantiles, en premio a tu laboriosidad.

¡Ojalá todos los niños te imitaran! — agregó el buen señor, mientras regresaba a su casa, dejando a Osvaldo entregado a sus estudios.

JUGANDO A LA ESCONDIDA

—¡Ya! ¡Ya! — grita Manuel.

Sus compañeros salen corriendo a buscarlo.

—Detrás de aquellas plantas... Allí está... Yo lo veo — dice Luis.



Jugando a la escondida

Corren hacia aquel lugar, pero no lo encuentran.

Continúan buscando con gran interés; no hay sitio que hayan dejado de registrar y... ¡nada!

Manuel se está burlando de sus amigos. ¡Es claro! ¡Como es el mayor de todos! Cuando se cansa de divertirse con la cara de desilusión de los chiquilines, vuelve a gritar:

—¡Aquí... tontos... aquí!... (y hace una voz chillona, para que no se sepa de dónde sale el grito).

De pronto exclama Juan:

—¡Ah, no! ¡Papá dice que hasta en el juego se debe ser honrado!

Y todos se acercan para oír: Manuel los ha burlado.

Cuando buscaban en un sitio, salía del escondite y corría a otro... y así cantidad de veces.. Y eso no está bien.

Los niños deben jugar por divertirse, pero siempre con dignidad.

¿No te parece muy lindo ser honrado en todo momento?

SARMIENTO

¿Conocéis todos este simpático rostro?
¡Cómo no! — me diréis; — si es el padre de
la Escuela!

En efecto; Don Domingo Faustino Sar-



Sarmiento

miento fué el propulsor de la educación en
nuestro país.

Fué su cuna la bella provincia andina,
San Juan, donde pasó los primeros años de
su vida.

Seguramente, la belleza de aquellas regiones debió inspirarle tantas cosas hermosas, en beneficio de su patria, que tanto lo necesitara.

Amó la niñez como un padre protector y dulce, en cuyo beneficio futuro inventó procedimientos fáciles y agradables para la enseñanza primaria.

Para detallar esta vida precisaríamos mucho espacio. Pero bástenos recordar que este gran hombre es el más bello ejemplo de abnegación y sacrificio.

Querer imitarle es querer ser estudioso, constante, llegar por el esfuerzo propio a conquistar los más dignos laureles con que la Patria premia a los hijos ilustres. Por eso vosotros, niños, a quienes tanto amara «El viejo maestro», no dejéis marchitar la más bella flor de gratitud, para ofrendarla a su memoria!

BARQUITO

—¿Barquito cargado de...? — dice uno de los pequeños.

—¿De aceitunas! — exclama Rodolfo.

—No.

—¿De algarrobo? — agrega otro.

—Tampoco.

—¡Ah! ¡Ya sé! — dice el tercero — de azúcar!... de azúcar!...

—Adivinaste. Ahora dinos tú.

—¡A ver, chiquillos! — grita el papá desde la pequeña laguna; — ¿van a venir o no?

—¿Este barquito va a ir cargado de...?

—De nosotros — dice el más pequeño.

—No, señor — contesta el papá: — de niños buenos.

—¡Ah! Entonces subo yo, que me porto mejor que el «nene» — agrega Jorge, y corre en dirección al bote, seguido de sus hermanitos.

El pequeño Cecilio queda separado, con el dedito en la boca..., sollozando. El padre lo advierte y grita, risueño y cariñoso:

—El barquito espera al hijito más lindo y que quiere más al padre... Cecilio, ¿no sabes cuál es ese nene?

—Soy yo..., papito!... — exclama gozoso, secándose con el delantal los ojitos azules, mientras corre a reunirse al alegre grupo.

Y entre carcajadas infantiles el señor Ramírez desliza por las aguas tranquilas el gracioso bote. Y siguen bogando... bogando...

NUESTROS HÉROES



Muchos son los heroicos paladines
Que nos legaron gloria,
Muchos los que llenaron con su nombre
Nuestra argentina historia.

Y así como en los astros hay algunos
De fulgor más intenso,
Hay cuatro entre los héroes de mi Patria
Cuyo brillo es eterno.
Primero, San Martín, el invencible,
Que al Cóndor desafiara;
Belgrano, el de alma noble, que nos diera
Nuestra bandera amada!...

Rivadavia y Moreno, sabias fuentes
De amor para la Patria,
Orgullo de la tierra en que he nacido,
Invictos héroes que la historia honraran.

HUERFANA

¡Pobre criatura!... ¡Sola en el mundo!
Una enfermedad inicia ha concluído con su familia.

¡Su madre fué la última!

¡Cómo recuerda la pobre Eugenia los santos consejos que le diera al separarse de ella para siempre!

—¡Hija mía! — decíale la madre enferma:—aunque pobre, sé siempre buena; no te desvíes del camino de la virtud, que éste te llevará a la felicidad...; huye de las malas compañías, que son los peores enemigos de la niñez y de la juventud...

—Sí, mamita..., tendré siempre presente estas palabras — respondió entre sollozos la huerfanita.

Y lo ha cumplido... Pálido su rostro, tristes sus ojos, implora al cielo por su suerte, pero jamás desoye la voz de su conciencia. Ahora ha entrado al servicio de una familia caritativa. Todo su afán es recompensar con su buen comportamiento a sus bienhechores.

¡Pobrecita! La Providencia la amparará si sigue siendo buena y le dará premio en pago de su desgracia.

MARIPOSAS

Nilda y Raquel son hermanitas.

Con el trajecito de clarín y el sombrerito blanco parecen dos rosas pequeñas y frescas, que aroman esta bella mañana primaveral.



Mariposas

Allá van siguiendo a sus padres, en deliciosa excursión por el campo.

Todo su afán es cazar mariposas.

—¡Mira, Raquel, aquélla que está sobre esa lila!... — llena de gozo dice la pequeña.

—¡Quítate el sombrero y acércate despacito! — responde su hermana.

—¡Ay!... ¡Se voló!...

—¡Qué tonta, mariposa!... No sabes cuánto te queremos...

—Mira, nena, allí hay otra... ¡ésta sí que es nuestra!

En puntitas de pie se acercan, con las caritas llenas de gozo...; ya la tienen junto a ellas ..

—¡Al fin! — grita triunfante Nilda, mientras oprime... oprime las manos, temiendo dejar escapar el precioso insecto.

—¡Ay... qué suerte!... — repite su hermanita, saltando de alegría... — ¡Déjame la ver! — Abre los dedos despacito, despacito... — Ya no se irá la muy ingrata...

—¡Oh!... ¡Dónde está?... La mariposa... ¡qué se ha hecho?

—Pero, Nilda... ¡la dejaste escapar otra vez!... — exclama decepcionada.

—No, queridita... ¡La he muerto!...

Entre los dedos pequeñitos de la niña no quedaban más que despojos de la bella y coqueta mariposa azul; no quedaba más que un polvo dorado que el viento llevó lejos.

La mamá se acercó a ellas cuando lamentaban la pérdida del animalito, y la buena señora les consoló así:

—Queriditas: dejad a las mariposas que

vuelen entre las flores... su única dicha es ésta. Su vida es tan «efímera» que a veces dura un día, y como su vida es su belleza. Las niñas vanidosas se parecen a ellas.

—Prefiero, entonces, a la abeja... — pensativa, respondió Raquel.

—Y yo también, mamita — agregó Nilda.

Y desde entonces se propusieron no cazar más mariposas.

EL BARRILETE

¡Cómo aprovechan los niños este día de viento!

¡Cuántos sombreritos de paja diviso desde el balcón, preservando del sol las cabezitas de sus pequeños dueños!

Todos dirigen sus miradas al sereno azul del cielo, mientras que con mano firme sostienen un barrilete.

—¡Mira, mamá — dice Emilio, — qué arriba está mi «estrella»!... ¡Verdad que es la más alta de todas?

—Sí, hijito... pero mira que va a llegar la tormenta... Sería mejor que recogieras tu juguete.

—No, déjame un rato más... quiero ver hasta dónde llega... tal vez con el huracán se eleve mejor.

—¿Acaso quieres ser otro Franklin?

—¡Ah! Sí, mamá... ¿qué hizo Franklin?

—En un día de tormenta, en que remontaba su barrilete, con un acero en el extremo, notó que éste atraía la electricidad de las nubes, y esta observación le sirvió para descubrir el pararrayos.

—¡Qué lindo!... El rayo, que produce la

muerte inmediata, al intentar caer cerca del sitio donde hay un pararrayos, es atraído hacia aquel lugar, cayendo allí y evitando de tal modo la muerte de quién sabe cuántas personas.

—Esto lo inventó Franklin.

—Si yo pudiera inventar algo con mi barrilete... — pensaba Emilio, mientras arrollaba el hilo rápidamente, antes que el fuerte viento hiciera añicos su precioso tesoro!

ORDEÑANDO

En las mañanas de verano Juan acostumbra salir con su padre por los alrededores de la ciudad. Como la larga caminata da apetito, se allegan a un tambo, donde se han hecho ya «marchantes» conocidos.

¡Con qué gusto bebe Juan el rico vaso de espumosa leche, que la dueña del tambo le presenta en una vasija de reluciente cristal.

—¿Quieres tomar otro? — pregunta su padre.

—Sí... y que tenga mucha espuma... responde el niño, abriendo muy grandes sus ojos, al pensar en saborear otra «dosis» del nutritivo líquido.

Las vaquitas no están muy lejos. El niño goza en mirar todas esas maniobras a que no está acostumbrado y que le causan tanto placer.

La dueña del tambo «manea» nuevamente la vaca negra, acerca el ternero y así consigue que el animal esté quieto y se deje ordeñar.

Muy bien hace el padre de Juan acostumbrando al niño a tan saludable prácti-

ca, porque, como es veterinario, sabe que las vacas son sanas y así no pueden tener ningún peligro.

Además, como se vende en un sitio higiénico y se efectúa el trabajo con la mayor precaución, la leche está resguardada de microbios.

—¡Qué rica!... — repite el niño — ¡Por qué no tomas, papá? ¡Si vieras qué distinta es ésta a la que nos lleva el lechero a casa!

El papá acepta un vaso y explica al niño las causas de la diferencia de sabor.

—Es claro — dice: — ésta es leche pura, mientras que aquélla tiene agua y muchas veces otras substancias con que la «adulteran»; además de la tierra con que se mezcla.

Por eso es indispensable hervirla cuidadosamente para que no contraigamos graves enfermedades.

AL RIO

—¡Chicos!... — llama Santiago; y acuden sus hermanitos, muy listos para la linda excursión.

Todos llevan algo: uno la red, otro la caña, aquél el cesto, el siguiente los demás utensilios.

Llegan a la margen del río. Ya su papá les espera desde temprano; es pescador y allí pasa la mayor parte del día.

Los chiquillos prorrumpen en alegre algazara:

—¡Qué lindo que está el río!... ¡Ven, Santiago..., juguemos primero con la arena!... — dice Inés.

—No; vamos a perder tiempo; es necesario que pesquemos más que el otro día.

—Tienes razón — dice Julio; — toma la caña... ¡Ya le pusiste el cebo?

—Sí, ya está listo... Vamos ...Pececitos, ¿qué tal se encuentran Uds.?

Y con cara risueña contempla la caña, que sumerge en el agua.

—¡Por fin! — exclama lleno de gozo, al ver aparecer en una de las tantas sacudi-

das un dorado pescadito que, preso en el anzuelo, cuelga de un extremo.

— ¡A ver?... — gritan los chicos.

— ¡Pobrecito! — agrega Inés; — él que estaba tan contento en el agua!...

— Y... ¿qué quieres!... Ese es su fin, dice mamá: servir a los demás. ¿No saborearemos muy satisfechos nuestro plato, luego?

Continúan la tarea hasta que se oye la voz del padre, indicándoles el regreso.

Recogen sus útiles de pesca y retornan cantando, alegres y gozosos, al modesto hogar, donde una bondadosa madre les recibe cariñosamente.

MINERALES

Los niños tienen sobre el banco trozos de mármol, hierro, plomo, etc., puñados de sal y un poco de agua.

—¿En qué se diferencian estos minerales?
— pregunta la señorita.

—En que unos son sólidos y otros líquidos.

—¿Por qué son minerales, todos?

—Porque se hallan en las minas, algunos, y otros...

—Otros, como la sal, en las salinas...

—Eso es; — agrega la maestra; — todos están en la Naturaleza, sin que nadie los ponga; permanecen sin morir y sin crecer hasta que el hombre quiere; por eso se les llama seres inertes, es decir, que no tienen vida..., en tanto que los animales y las plantas son seres vivos u organizados.

—¡Ah... sí, señorita! — se apresura a agregar Néstor. — Los animales y las plantas nacen, crecen, se reproducen y mueren, en tanto que los minerales no.

—¡Muy bien! Ahora veamos si son inútiles o nos proporcionan también beneficios, como los otros.

—El agua es indispensable para la vida, señorita.

—¿Y la sal?... ¿Qué haríamos sin ella?

—¡Echaríamos azúcar al puchero!... —
agrega risueño Víctor.



Minerales

Todos se sonríen y siguen enumerando las múltiples utilidades de los minerales.

—Hemos visto, pues, que sin ellos no tendríamos máquinas importantísimas, rieles de ferrocarril, utensilios de labranza, de

taller y de cocina, e infinidad de objetos de arte y de adorno, constituyendo ellos, en resumen, una fuente de inagotable riqueza para el país que los posee — agrega la maestra.

—¡Pero el agua... no se paga, señorita — dice Inés.

—Es cierto, hijita: el agua es el mineral abundante y generoso, tan necesario a nuestro organismo y que gastamos gratuitamente. ¡Y ojalá todos lo consumiéramos en la mayor abundancia!

EN LA QUINTA

La familia de Hernández ha aprovechado este lindo día nublado para pasarlo en la quinta.

Los niños se han hecho mil ilusiones. ¡Es claro! ¡A quién no gusta correr por los



En la quinta

campos libres, reír y jugar con entera libertad, comer a la sombra de los frondosos vegetales y bajar duraznos y otras frutas de los árboles cargados?

¡Por eso éste es un día de felicidad!

—¡Ven, Luisita! — dice Daniel, — tráeme aquel palo...

¡Qué pera amarilla!... ¡Se me hace agua la boca!

—¡Qué linda!... ¡Qué rica, Danielito! — contesta la pequeña. ¡Bajarás para mí aquella otra?

Y ya la tienen en sus manos y saborean el sazonado fruto.

—¡Qué ricas!... ¡Son peras de agua! — comentan los chicos.

—¡Luisa!... ¡Daniel!... — grita Inés, del otro extremo de la quinta.

—¿Dónde estás?...

—¡Aquí!... ¡Corran!... ¡Miren qué duraznos! — y sacude el duraznero.

Y corren, glotones, los chiquillos, mientras su hermanita sacude los tallos, que hace balancear y desprenderse los codiciados frutos.

—¡Niños!... ¿Dónde están? — pregunta la madre apareciendo de pronto — ¡Ah, pillos!... ¡Comiendo fruta sin pelar!

—¡No, mamita! — replican los niños: — corremos las cascaritas, ¿ves?..., pero no las comemos.

—Bueno; pero es mejor que traigan cuchillos. ¡Y cuidado con comer fruta verde, hijitos! ¡Ya saben lo mal que les haría!

Pero si la mamá se descuida, no sólo comerán fruta no sazónada, sino que tam-

bién abusarán de ella y llegarán enfermos a su casa.

Y luego que se han saciado juegan a la «escondida», a la «cuerda», a la «mancha», etc., con los otros amiguitos que los acompañan en el paseo, hasta que el papá grita:

—¡Chicos..., a lavarse las manos! — y toda la comitiva, entre risas gozosas, se reúne debajo de los corpulentos árboles, a disfrutar del almuerzo campestre de aquel día memorable...

¡Qué bello cuadro forman los pequeñuelos, rodeando a los mayores y sentados sobre el verde césped!

DIA DE LLUVIA

Rosita se levanta, abre la puerta de su habitación y ve el patio mojado.

—Lloviendo — dice la niña; — ¡qué lástima! ¡No podré ir a la escuela! Tengo que caminar muchas cuabras a pie y, como dice mamá, vale más perder el día y no enfermarse a consecuencia de la humedad.

En efecto; el cielo está todo gris y del Oeste viene una gran oscuridad; el viento está del Este, lo que indica temporal.

Por momentos cesa la lluvia y parece que aclara.

Rosita divisa por el balcón. — ¡Iré o no iré? — se dice; cuando de pronto comienza nuevamente la lluvia.

Primero son gotas grandes y ralas; luego finas, muy finas, más seguidas, hasta convertirse por fin en aguacero.

— ¡Cómo corre la gente, mamá! — dice Rosita.

Y se entretiene en ver correr el agua por las canaletas, pasar los transeuntes, resguardándose bajo sus paraguas, y arrinconarse dos nequeños huerfanitos bajo un lujoso portal...

—¡Vengan, criaturas, entren! — les dice Rosa, y los niños se privan aquel día del hambre y de la lluvia en su casa hospitalaria.

—Mira, mamá... — agrega más tarde; — yo pienso que no debía llover nunca.

—¡Por qué dices eso, niñita? — pregunta la madre.

—¡No ves lo que sufren los pobres con estos días? — responde aquélla.

—Sí; hijita; pero la lluvia es indispensable a los campos; con ella crecen los sembrados para abaratar la vida, y crece el pasto de que se alimentan los ganados.

—¡Es claro! No me acordaba lo que nos enseñaba días pasados la señorita: la lluvia que ablanda la tierra es tan necesaria a los campos como el sol, que hace germinar las semillas.

Y sigue cayendo el agua, en gotas persistentes, y Rosita aprovecha esta oportunidad para escribir una composición.

EL RECREO

Las niñas juegan en el patio.

Aprovechan los minutos de descanso, antes que suene la campana de entrada.

Tres o cuatro desaplicados están en penitencia, haciendo su deber.

Unas quince niñas corren de un lado a otro: juegan a la mancha.



El recreo

De pronto se oye un llanto.

—¿Qué pasa? — pregunta la maestra, apareciendo en el grupo.

—¡Inesita se ha caído, señorita! — responden varias.

—Ven, Inés... ¿Qué tienes?

—Me caí... me empujaron... — responde la niña entre sollozos.

Inesita llora sin consuelo; se ha lastimado en la frente.

—¿Por qué no juegas con moderación, querida? ¿No es más lindo otro jueguito en el cual no haya peligro de caerse?

—Bueno, déjate de llorar y ven para acá, Inesita; vamos a formar una rueda; verás qué bien te diviertes sin llorar.

Inesita obedece. Ha secado sus ojos y se une a la rueda.

La maestra les indica un juego; entona el canto de una ronda que los niños aprenden, y todos contentísimos continúan cantando:

«En los tiempos de abuelita
No tenían calesitas»...

Así, corren los minutos deliciosamente. Nadie llora; nadie se lastima.

Inesita se ha curado ya.

La señorita les hace ver, entonces, los beneficios de un juego alegre y moderado.

Los niños, desde ahora, han comprendido que los juegos groseros producen malas consecuencias.

Y jugando en esta forma alegran el espíritu y ejercitan el cuerpo, sin ocasionarse ningún mal.

LAS NIÑAS MADRUGADORAS

Matilde e Isabel son dos niñas madrugadoras.

Se levantan al alba.

Cuando un rayito de luz penetra por la ventana, se despiertan y rápidamente empiezan a vestirse.

Se lavan cuidadosamente las manos, la cara, el cuello, etc. Peinan con prolijidad sus cabelleras, y con un gracioso moño en sus trenzas se encuentran ya listas para empezar sus faenas diarias.

—¡Mira, Isabelita, qué día hermoso! — dice Matilde.

—Empecemos por el jardín, ya que todavía duermen en las habitaciones.

Corren como dos garzas.

En cada hoja, en cada flor, se detienen con exclamaciones de entusiasmo.

El rocío aun no se ha evaporado.

—¡Habrán llorado anoche las flores? — pregunta Isabel.

—No, querida; bien sabes que es el rocío de la noche.

Y arreglan los canteros, acomodan las macetas, sacan algunos yuyitos innecesarios y corren luego por los corredores.

—¡Las jaulas de los canarios! — grita Matilde.

—Aquí están estos deliciosos cantores; vamos a arreglar sus jaulitas y renovarles el alimento.

—¡Pí i i... Pí i i!... trinan los canarios, como diciendo: ¿pero no sería mejor que nos dejasen en libertad?...

—Ahora, a los dormitorios, Isabel — agrega aquélla.

Mientras tanto, todos se han levantado.

Y las simpáticas chiquillas abren puertas y ventanas, dan vuelta los colchones, barren, limpian los muebles, cambian las flores de los jarrones, mientras cantan con alegría deliciosa.

Así han aprovechado la mañana.

Hasta el desayuno les parecerá más sabroso que a las haraganas que permiten que la mamá les rete.

El día les resulta encantador.

Hasta los vendedores les han dado mejor mercadería, porque han comprado lo primero y más fresco.

El papá siempre guarda alguna sorpresa para premiar a las niñas madrugadoras.

Por eso se las ve siempre contentas y sonrosadas, porque la agilidad las hace sanas y fuertes.

¡Verdad que nos resultan simpáticas Matilde e Isabel?

EL HIMNO NACIONAL ARGENTINO



Los niños han ido a clase de canto. Allí la profesora, una vez dadas las indicaciones necesarias, toca en el piano la introducción del Himno Nacional. Una voz muy suave y dulce se alza en el salón...

Son los niños que empiezan el canto:

«Oíd, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad, libertad, libertad!...
Oíd el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono a la noble igualdad!»

La mayoría de los niños ha observado durante el canto la mayor compostura. Sin embargo, la señorita ha notado que uno de ellos, no sólo no ha cantado, sino que también ha estado irrespetuoso. Al empezar la otra clase, llama la atención de sus alumnos sobre el hecho y les dice:

—Hijitos: han de saber Uds. que el Himno Nacional es un canto sagrado para los argentinos. Cada una de sus estrofas debe llenarnos el corazón de entusiasmo y

de orgullo, por las nobles virtudes que revela. Es una canción a las glorias de la Patria, y al solo escuchar su música dulcísima se siente en el alma una emoción profunda, como la que habrá llenado el corazón del entusiasta argentino que escribió sus versos, don Vicente López y Planes... ¿No se han fijado con qué respeto se quitan el sombrero hasta los extranjeros y se ponen de pie todas las personas, con sólo escuchar los acordes del Himno?... Y esto lo hacen en señal de respeto al país en que viven, queridos niños.

Los alumnos escucharon a su maestra con la mayor circunspección; nadie se atrevió a decir nada; pero desde ese día se prometieron oír las palabras de aquélla. Buscaron datos sobre el autor de la canción patriótica y sobre don Blas Parera, autor de la música, y así completaron sus conocimientos sobre el Himno Patrio.

La lección les fué provechosa.

LA PLANTA DE MAIZ

—Papá — dice Ernesto: — quiero sembrar maíz; hoy hablamos en la escuela del modo de efectuarlo; yo quiero ver si salen plantas con estas semillas...

—Bueno, hijo; ven. ¿Traes los granos de maíz?

—Sí... todos éstos — contesta, enseñando la mano llena.

Padre e hijo se dirigen al patio de tierra; allí, a un lado de la pared, empieza Ernesto a cavar, siguiendo las indicaciones de su padre.

—Es suficiente — dice éste. — Ahora, ¿qué vas a hacer?

—Voy a arrojar los granos en los surcos. ¿No es cierto que parezco un verdadero agricultor, papá?

—Sí, pero eche más separados los granos, señor labrador...

—¿Así?... ¿Ahora va bien?... ¿Comeremos muchos choclos, papacito?...

—¡Eso es!... ¡Perfectamente!... ¡Cómo no, querido!... Tendremos una verdadera huerta, si junto con el maíz crecen las sandías y melones que sembraste ayer.

El niño terminó de arreglar la tierra y, orgulloso de su obra, volvió con su padre, a contar a todos su gran hazaña, haciendo desde ya proyectos para su futura cosecha.

EL MAIZ CRECE

Todos los días Ernesto riega cuidadosamente su sembrado. Esto contribuye a facilitar la germinación de las semillas.

Después de unos días, cuando como de costumbre, acude con su regadera, ve aparecer sobre la superficie de la tierra pequeñas plantitas verdes.

—¡Papá... ven a ver!... — exclama lleno de gozo y asombro.

—¿Ya están?... ¿Han nacido las plantas? — dice el padre, apareciendo por el sendero.

—¡Mira .. mira!... ¡Qué lindo!... ¡Yo creía que no era cierto!... — agrega Ernesto sin salir del asombro. Todavía le parece todo esto una cuestión de hadas.

—Pero, ¡hijo mío!... ¿por qué tanta admiración?... ¿No se te ha enseñado que toda planta nace más o menos en igual forma?

—Sí .. papá. Pero... como yo no lo había visto...

—Es cierto, hijito. Tienes razón. Siempre que te interese alguna cosa, hazlo como lo has hecho con los granos de maíz: in-

vestiga por ti mismo, y sabrás ciertamente las cosas y saldrás de toda duda.

¡Muy bien, Ernesto! Si sigues el consejo de tu padre, llegarás a cultivar tu inteligencia y a descubrir muchas verdades.

El niño continúa cuidando con amor su pequeña huerta.

Riega por la mañana y a la tardecita todas las plantas. Día a día ve complacido el paulatino crecimiento de los tallitos que se elevan verticalmente, envueltos en las hojas verdes y alargadas, que parecen lazos de cinta color de esmeralda.

¡Cómo se alegra al comprobar que la descripción que se ha hecho en la escuela coincide con sus observaciones!

Después de unos meses, en la mesa se ve una fuente de comida aderezada con hermosos choclos.

—Cómanlos tranquilos, porque son de la cosecha del niño — dice risueña la cocinera.

—¡Ay, qué lindos — agrega la mamá — los choclos de Ernestito!

—¡Viva Ernesto! — gritan alegres sus hermanitos.

Y todos festejan al pequeño agricultor, mientras saborean el fruto de su trabajo.

EL PETIZO DE ARTURO

Arturo pasea por los alrededores de la ciudad en su brioso «Petizo».

Apenas toca al animal con su látigo, éste galopa, gracioso y ágil.

Los padres de Arturo no temen que le ocurra ninguna desgracia, porque el caballo es manso y conoce a su dueño.

Sin embargo, el Petizo tiene una manía: suele empacarse. Pero ¿qué creen que hace Arturo?

El no lo castiga brutalmente, como hacen los desalmados que maltratan a los animales.

No: se apea, le acaricia el lomo, le habla y tira suavemente de la rienda.

Con todo esto el animal concluye por ceder.

Monta el niño nuevamente en él y continúa entonces el camino, como si nada hubiese ocurrido.

¿No es verdad que el niño procede como un verdadero hombre?

Es que así se lo ha enseñado su papá.

Todas las mañanas lo cepilla y baña; le

cambia pasto y agua y conversa con él como si fuese un ser racional. El caballo, que es un animal tan inteligente, lo conoce y responde con suaves relinchos.

¡Cuántas veces corrió en él a la farmacia para buscar un medicamento a un hermanito enfermo!

¡Cuántas veces, también, lo ensilló con su linda montura, para pasear con sus amiguitos, contento y satisfecho, después de haber dado un buen examen!

Con razón el niño cuida y quiere tanto a su caballo. Da ejemplo a algunos hombres ingratos, que pagan con palos y malos tratos a las pobres bestias que les sirven en diversas tareas de la vida diaria.

¡Muy bien, Arturo!

CIEGO

¡Pobre Eustaquio!

Es ciego de nacimiento.

Tiene que andar siempre con su lazarillo.

Su mayor encanto es oír las lecturas que su hermanita le lee en un libro de anécdotas muy interesantes.

¡Cómo le gustan las descripciones de las cosas que nunca ha visto con sus ojos!

Se imagina conocer los rostros de las personas, las bellezas de la Naturaleza, la esplendidez de las noches de luna, la magnificencia del sol, etc. Y habla de ellas como si en realidad las conociera!

¡Y acaso nosotros también no nos imaginamos como reales cosas que nunca vimos?

¡Es claro que sí!

Tanto más, cuando en los ciegos dicen que es mayor el poder de imaginación.

Le gusta también a Eustaquio tocar la música.

Sabe varios instrumentos. Pero, como la mayoría de estos seres, el que pulsa maravillosamente es el violín.

¡No es verdad que produce un sentimiento de honda tristeza el dulce sonido de esa música, pulsada por los dedos de un pobrecito ciego?...



PATRIA

Desde el sonoro murmurar del Plata
Pareces una ninfa adormecida...
Para cantarte ¡oh Patria! yo quisiera
Acallar la oleada enloquecida!...

Si te miro surgir de la esmeralda
De la túnica verde que te abraza,
Me pareces la sílfide que canta
La profunda tristeza de la Pampa.

Y me parece al contemplar tus sierras,
Tus cascadas, tus valles, tus riberas,
Una virgen, que en horas sempiternas
Soñara con fantásticas quimeras.

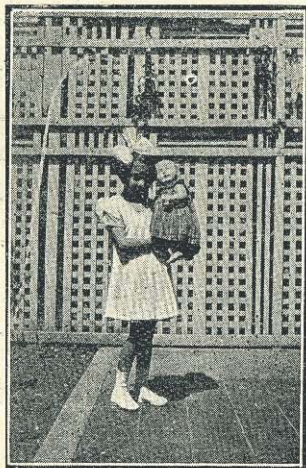
Y como a virgen, sílfide o sirena,
Te canta mi entusiasmo, Patria mía,
Y te mira surgir como diadema
Que quisiera orlear mi fantasía!...

LA MUÑECA DE ALICIA

Esta muñeca de porcelana se llama «Mimosa».

Es de Alicia, la nena del confitero.

¡Si vieran cuánto la quiere! La acaricia como una mamá verdadera!



La muñeca de Alicia

Su tío, que es carpintero, le ha hecho muebles de dormitorio y comedor para su muñequita.

Por la noche Alicia la acuesta como si fuera realmente una criatura.

La levanta por la mañana; le da los buenos días, la reprende, le pone su trajecito diario y la lleva a la mesa.

—¡Toma tu desayuno, picarona! — dice Alicia.

«Mimosa», con sus ojos inmóviles, la mira sin responder.

—¿Quieres dar un paseíto?

Y como si oyera la respuesta, la toma de la mano y la lleva por las habitaciones, sale al jardín, corta flores y las ofrece a la muñequita insensible, que ni siquiera sabe decir «papá» o «mamá».

Alicia parece que no lo advierte. Para ella su «Mimosa» habla, rezonga, majadea y hasta narra cuentitos...

¡Qué gracioso! ...

Cuando vienen sus amiguitas, da gusto escuchar la charla de la niña, contando las gracias de su «hijita».

En esta forma se divierte, sin molestar a su mamá y sin necesitar de otra compañía.

También se acostumbra a ser cuidadosa con su ropa de vestir.

Los roperos de «Mimosa» están llenos de vestiditos, enagüitas, etc., perfectamente limpios y planchados.

—Así aprenderá a arreglar su ropa—dice

la mamá. Y me parece muy conveniente la idea.

Las niñas que saben arreglar sus muñecas hallan placer en confeccionar más tarde sus traies.

Así ayudan a su mamá o se ahorran lo que tendrían que gastar en dar esos trabajos fuera de la casa.

Alicia, que sabe todo esto, encuentra gran placer en aprender a trabajar y ser prolija, empezando por la ropita de su muñeca.

PATRIA

—¿Cómo se llama nuestra Patria? — pregunta la señorita.

—Nuestra Patria se llama República Argentina — contesta la clase.

—¿Qué entienden por Patria, Uds.?

—La tierra donde vivimos, señorita — dice uno.

—El país en que hemos nacido — agrega otro.

—O el pueblo en que habitamos con nuestros padres, etc.

—Eso es — dice la maestra: — el país donde hemos nacido, junto con nuestros cariños, parientes, amistades; nuestras alegrías y tristezas, los edificios, los árboles... Nuestra bandera, que nos habla de honor y gloria..., todo eso que queremos y preferimos a cualquier otra cosa, constituye la Patria; por eso sus hijos le deben amor y respeto y por eso procuran engrandecerla día a día con sus buenas obras.

—Yo he oído, señorita — dice Raúl, — que hay hombres que quieren negar la Patria...

—Cállate, tonfo; no puede ser... — reprocha Juan.

—Sí, Raúl tiene razón, hijitos. — Hay seres entorpecidos por ideas poco razonables, que pretenden negar la Patria, y para esto

tienen que negar forzosamente el hogar, la familia y todo.

Imagínense Uds. que no existiera el parentesco de padres, hermanos, hijos y esposos; ¿para quién trabajaríamos?... ¿No es por ellos que se sacrifican las energías, para proporcionarles un bienestar presente o futuro?

¿Qué podría importarnos ser más o menos buenos, si no tuviéramos a nadie a quien alegrar con nuestra conducta o con nuestros progresos?

Y en los pueblos pasa lo mismo. Si no se diferenciáran unos de otros, como formando una familia aparte, no se interesarían tanto los habitantes en hacer progresar las industrias, el comercio, etc., y por fin vendría una completa ruina.

—Tiene razón, señorita, — dijo Roque. Por eso yo defenderé siempre mi país de los que quieran ofenderlo; y amaré las enseñas de mi Patria, como me han enseñado siempre mis padres.

—Imiten a su compañero, hijitos — agregó conmovida la maestra, — y demostrarán con ello sentimientos nobles y un corazón sensible y generoso.



CANTO A LA LIBERTAD

Como en las sombras densas y profundas
Que en medio del desierto se agigantan,
La noche borrascosa es más siniestra
Y hasta a las mismas fieras amedranta,
 Así doliente
 Y así angustiada
La vida del mortal gime en cadenas
Cuando oprobiosa esclavitud le amarra! ..

Como tibio jilguero que agoniza
Y en rítmicos lamentos llora y canta,
Tronchando su ambición del infinito
La odiosa rigidez de estrecha jaula,

Así tortura

Y así desgarra

El lamento constante del cautivo
Que en oscura prisión su vida pasa...

Como surge de pronto entre las brumas
El dios Febo después de la borrasca,
Para lucir más pura su belleza
Y alejar sombras devolviendo calma,

Así magnífica

Y así sagrada,

Reaparece como una estrella augusta
La luz de libertad en hora aciaga.

Así extiendes tus brazos luminosos
Con tu sello que da grandezà al alma,
Y el pájaro y el hombre se confunden
En los vastos dominios que no tasas.

Por eso augusta

Y así magnánima,

Por las horas eternas de los siglos
Bendita seas, Libertad sagrada!...

ELVIRITA

Ahí tenéis a esta simpática niña de nueve años.

Todos le llaman Elvirita y la quieren mucho.



Elvirita

¿Sabéis por qué?

Porque es una criatura modelo.

Es cariñosa y afable con todos.

Cuando juega, jamás pelea ni discute por bagatelas.

Cumple siempre con sus deberes y es obediente y amable con su maestra.

No miente jamás ni acusa a sus compañeras.

Es fina y culta en todo momento.

Y aunque pertenece a una familia acaudalada, prefiere a las niñas más humildes, y jamás se burla de su pobreza. Al contrario: les presta sus útiles, comparte con ellas sus caramelos y las trata como a verdaderas hermanitas.

Muchas veces en las mañanas crudas de invierno he visto a Elvirita en el zaguán de su casa.

¿Sabéis qué hacía?

Repartía limosnas a sus pobres, como ella les llama. Su mamá se lo enseñó desde pequeña y ella lo cumple con placer.

Y así, va guardando sus trajes usados.

Los acomoda cuidadosamente, en distintos grupos.

—Esto es para la pequeña pálida, de ojos negros... — dice Elvirita. — Este otro... para la pobre viuda...

Y así continúa su noble tarea de todos los meses.

Luego abre su alcancía: con la carita llena de gozo cuenta las moneditas... cinco... diez... quince... Hace las reparticio-

nes, según el número de fardos. Satisfecha, espera el golpe del llamador.

Entrega las limosnas sencillamente, con una palabra cariñosa.

Cierra la puerta, sin esperar que le agradezcan.

Todas estas acciones tan bellas hacen descubrir en la niña un hermoso corazón.

Por eso es querida por todo el barrio.

Por eso es el orgullo de sus padres.

Y también por eso Elvirita es el modelo que todas las niñas de alma generosa debieran imitar.

BELGRANO

Aquí tenemos la simpática fisonomía del general don Manuel Belgrano, que constituye una de las mayores glorias argentinas.



Belgrano

Su ferviente patriotismo, unido a sus nobles prendas morales, hicieron de su vida una brillante serie de hechos honrosos.

Pero lo que más nos encariña con este

heroico patricio es el hecho de haber sido el creador de la bandera.

Tan entusiasta y decidido, no esperó la orden del Gobierno Nacional, y al bautizar sus baterías «Libertad» e «Independencia» quiso completar la alegría de los soldados presentándoles la insignia sacrosanta de la Patria...

Por eso, por primera vez, en la margen del Paraná, enarbola hermosa e invencible la Bandera azul y blanca, y entre los vítores del pueblo la hace jurar a sus soldados.

¡Con qué placer irían ahora a la batalla, seguros de su valor y de su triunfo!

¡Qué hermosa debió aparecer la majestuosa enseña en manos de Belgrano!

¡Y qué día más bello debió ser aquél, de 1812, cuando hasta las olas del Paraná se mecieron más plateadas!

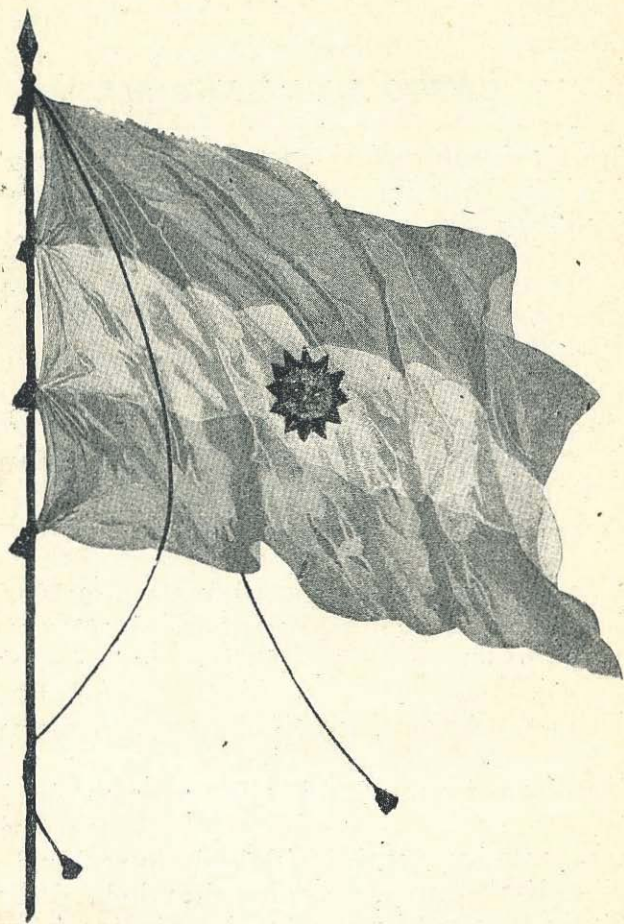
CANTO A LA BANDERA

Bandera sacrosanta que tienes la belleza
Del beso que los cielos te dieron al nacer,
Ese color divino que dice de pureza,
De glorias y de orgullo, de triunfo, de
(placer

Que llevas la grandeza de un alma que ha
(quedado
Allá sobre tus pliegues grabada con amor,
El alma generosa de don Manuel Belgrano
Cuando te alzó gallarda del Paraná al
(rumor.

Cuando por vez primera luciste al soldado
La luz de la victoria y el sol del porvenir.
Cuando en el brazo altivo del General
(Belgrano
Dijiste: ¡Argentinos, luchad hasta morir!

Bandera inmaculada que en pos de la
(victoria
Cruzaste los dominios del cóndor colosal..
¡Bendita tú mil veces, heraldo de la gloria,
De la trompeta augusta, del cántico triun-
(fal.



Canto a la libertad

¡Bendita, sí, mil veces, bandera vencedora,
que tras de cuya sombra la santa libertad
Reluce sempiterna, cual reluciente aureola
Que borra de mi Patria la duda y la
(ansiedad!...

¡Oh, tú, bandera amada, hermosa cual
(ninguna.
Emblema de la gloria, del triunfo y del
(honor,
Salve a ti inmaculada, inspiración divina
Del noble y entusiasta Belgrano, el ven-
(cedor!

SAN MARTIN

¡Cuánto me enorgullece este solo nombre:
José de San Martín!

Papá me ha contado toda la historia militar de este insigne guerrero.

Si la Patria tuviera muchos hijos como aquél, sería siempre la más grande y gloriosa.

Nació el 25 de febrero de 1778, en Yapeyú, pueblo situado en la provincia de Corrien-



San Martín

tes, y muy joven aún, notando sus padres su clara inteligencia, le enviaron a España, para que estudiara.

Siguió la carrera militar, y muy pronto participó en las luchas del ejército español, luciéndose por su valor y arrojo.

Cuando estalló la Revolución de Mayo, convencido de que su presencia era necesaria, volvió a su Patria, acompañado de don Carlos Ma. de Alvear y otros caballeros distinguidos. Desde entonces empezó la hermosa obra de libertad, que tomó a su cargo el joven San Martín. El Gobierno de Buenos Aires le encargó la honrosa formación de un ejército, que designó: «Granaderos a Caballo».

Obtuvo su primer triunfo en 1811, con sus célebres Granaderos, en el combate de San Lorenzo, que constituye una de las páginas de oro de nuestra historia patria.

Pocos años después atraviesa con su Ejército Libertador la gigantesca Cordillera de los Andes, llamando la atención con su hazaña heroica hasta al cóndor de las cimas, único habitante de aquellas inaccesibles cumbres.

Independiza a Chile en las célebres batallas de Chacabuco y Maipú; sigue su marcha al Norte e independiza al Perú, terminando así su hermosa campaña libertadora, en 1821.

Abatido por las ingratitudes, se embarcó para Francia, muriendo a los 72 años, en 1850, pobre y olvidado, pero con su alma iluminada con el recuerdo de sus tiempos y teniendo hasta el último instante, como alucinación embriagadora, la visión sacrosanta de la Patria...

ANIMALES

—Papá — dice Reynaldo; — hoy nos habló la señorita de los animales.

—Muy bien, hijo; dinos lo que has aprendido; vamos a ver.

Reynaldo, que como alumno atento no había perdido palabra, muy satisfecho, sacó de su cartera la composición que había escrito al terminar la clase y leyó con toda corrección:

«La mayoría de los animales, grandes o pequeños, que habitan la creación, nos prestan importantes servicios.

Pocos son los que sólo nos perjudican.

Según sus caracteres, costumbres, etc., se les ha dividido en diversas agrupaciones.

Así, entre los mayores, tenemos los mamíferos, como la vaca, el caballo, el león, etc. Esto es atendiendo a la alimentación de su primera edad. De estos mismos animales se hacen otras divisiones, que aprenderemos cuando estemos en tercer grado.

El grupo de animales que se distingue por tener dos patas, plumas y vuelo más o menos alto, constituye las aves, que todos conocemos. Estas comprenden también otras divisiones.

Sigue otro grupo de animales más pequeños, menos útiles y que se distinguen por tener las extremidades muy cortas; algunos no las tienen y se arrastran; éstos son los reptiles, como la tortuga, la serpiente, etc.

Viene luego otro grupo de animales útiles para la alimentación del hombre y que habita en el agua de los ríos y mares: son los peces.

Se distinguen por tener el cuerpo cubierto de escamas y poseer aletas para nadar.

Todos los animales que hemos nombrado tienen dentro del cuerpo un armazón de huesos, llamado esqueleto, por lo cual reciben el nombre de vertebrados.

Por eso el gato es vertebrado, como lo es la paloma, el elefante, la víbora de cascabel, etc.».

—Muy bien, hijito — díjole el padre, has hecho una buena composición; veo que aprovechas el tiempo.

—Mañana terminaremos con los animales que nos faltan — contesta el niño, mientras guarda cuidadosamente sus deberes escolares.

ANIMALES

(Continuación)

Al día siguiente Reynaldo termina su composición y lee:

«Además de los animales vertebrados que hemos nombrado, hay otro grupo que comprende los representantes más pequeños de la escala zoológica, como dijo la señorita. Este grupo de animales carece de huesos y su cuerpo está formado por anillos: se llaman invertebrados.

Pertenecen a éstos todos los insectos; la mayoría nos perjudica y molesta.

La mosca, invertebrado repugnante y peligrosísimo, como transportador de enfermedades.

Los mosquitos, muy molestos en verano y que pueden también contagiarnos cualquier mal, con su fastidiosa picadura.

Las arañas son, también invertebrados desagradables. Las mariposas, bellos animalitos de este grupo, que alegran los jardines primaverales, aunque no tan asiduas obreras como las laboriosas abejas, que

fabrican la miel y la cera, dando ejemplo de amor al trabajo.

No olvidemos tampoco la diminuta hormiga; aunque enemiga de nuestro rosal, su constancia en guardar provisiones en su cuevita la hace simpática».

Así terminó el niño el deber sobre «Animales».

¿Verdad que demuestra haber atendido? Sí; por ahora es pequeño y no necesita otros conocimientos sobre este asunto, hasta más adelante.

DE NOCHE

¡Qué noche más oscura! No se ven ni las manos... — dice la abuelita, que viene del patio.

—Déjame ver la noche, mamá — agrega



De noche

Lía saliendo al corredor. — ¡Cierto! ¡Qué oscuridad! ¡Qué se han hecho las estrellas, mamita? ¡A dónde se habrán ido?

—No se han ido a ninguna parte, hijita; son los espesos nubarrones que las han ocultado.

—¡Ah! ¡Y de dónde salen esas grandes nubes?

—Se forman con el vapor de agua que se desprende de mares y ríos... Mira, entremos... Mientras pasa la tormenta te explicaré todo.

Sobre la mesa hay un calentador. La mamá hace observar a la niña el vapor que sale de la pava, una vez que el fuego la ha calentado. El sol a su vez calienta el agua que hay sobre la superficie de la tierra, y transformada en vapor sube muy arriba, formando las nubes, dice. Allá se enfría el vapor, como pudo ver la niña en la tapa de la pava, una vez fuera del fuego, y luego...

—¡Cae en gotas... como éstas? — se apresuró a agregar Lía.

—Sí, en gotas, que nosotros llamamos...

—¡Lluvia!... ¡Ah! Sí; la lluvia se forma como el vapor de la pava. Nunca había pensado que esto fuera tan fácil, mamá.

—¡Has visto, mi hijita! Casi todas las cosas que nos parecen tan raras e incomprendibles, si las observamos con cuidado y estudiamos con atención y esmero, nos resultan después facilísimas.

—¡Y después que ha caído la lluvia?

—Vuelven a aparecer las estrellas, porque...

—¡Ah! Sí, queridita. Ya no hay más

nubes porque se han vuelto agua nuevamente, ¿verdad?

De pronto interrumpió el diálogo un fuerte golpe de agua, seguido de algunos truenos y relámpagos.

—¡Qué lindo! Así luego quedará el cielo limpio.

Después de unos momentos, la pequeña, entusiasmada, abrió la puerta del comedor: la lluvia había cesado, las estrellas, como diamantes, lucían en el azul sereno, y la atmósfera era pura y despejada.

EL VELOCÍPEDO DE CARLOS

¡Qué alegre amaneció este simpático niño!

Corre, salta, ríe; no para de un lado a otro.

¿Cuál será la causa de tal contento?

¡Ah!... Es que hoy es su día: cumple ocho años y sus padres le han obsequiado con ese hermoso velocípedo.

Cansado de recorrer con él los patios de su casa, la mamá le ha permitido que salga a la vereda. Es un barrio tranquilo, sin



El velocípedo de Carlos

mucho tráfico, por lo cual no causará molestias. Como Carlos es un niño muy educado, anda con moderación y procura no interrumpir el libre paso a los transeuntes.

Todos los niños del barrio están encantados con el velocípedo de Carlitos.

Se acercan, le rodean, le hacen mil preguntas, llenos de curiosidad.

El niño les contesta con la mayor amabilidad y, comprendiendo el deseo de sus amiguitos, les invita a pasear un ratito en el codiciado juguete.

Algunos, más grandecitos, rehusan cortésmente el generoso ofrecimiento, pero luego, viendo la insistencia, lo aceptan.

Cuando cada uno de los seis o siete pequeños ha dado una vueltita por la vereda, nota Carlos, algo retirado del grupo, un harapiento muchacho, que contempla extasiado ese cuadro de alegría, sin animarse a acercarse a él...

—Ven; tú también debes querer subir al velocípedo — dícele aquél, mientras lo atrae sonriente y lo sienta en el lujoso caballito de madera.

—Sí... pero me da vergüenza... soy tan pobre — responde muy bajito la inocente criatura.

—¡Eso qué tiene, tonto...! — agrega Carlos. — ¿Acaso los pobres no deben jugar? Corre, corre contento, y ven todas las tardes a jugar conmigo.

El pobre huerfanito tuvo también un rato de felicidad.

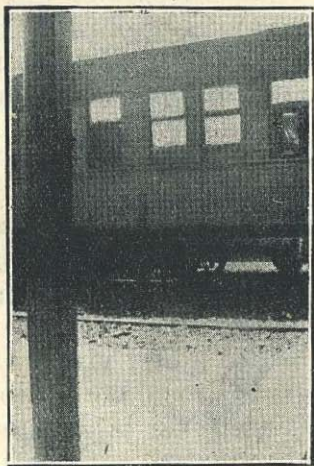
¿Verdad que Carlos es un niño digno de imitarse?

VIAJANDO

Los chicos de don Anselmo amanecieron contentísimos. Hacía tiempo que sus padres habíanles prometido llevarlos de paseo a Chivilcoy.

Lo que más les entusiasma es el viaje en ferrocarril.

¡Cuánto habían soñado con aquel paseo!



Viajando

Es por eso que hoy no precisaron el llamado de su mamá y a las cinco de la mañana toda la casa era una algazara.

Una vez preparados los equipajes, nuestros pasajeros fueron transportados en un automóvil a la estación del ferrocarril. Sacaron los boletos correspondientes y, no

bien oyeron el toque de salida, se instalaron en un coche de primera clase.

Los niños están locos de alegría. Se asoman por la ventanilla y envían con la manita un adiós a los que quedan en el andén. El papá todavía está en la plataforma; ya aumentará la velocidad de la locomotora, entonces tornará al lado de su familia.

Durante el viaje contemplan los campos cubiertos de alfalfares; los vacunos y lanares pastando libremente, algunos pájaros posados sobre los postes, y el amplio azul del cielo cruzado por nubes blancas.

—¡Qué lindo! — exclaman. En la ciudad nunca vemos cosas tan hermosas.

Y acosan al papá con preguntas sobre todo lo que les llama la atención. El papá les explica con cariño.

¡Qué útil resultó aquel viaje! Don Anselmo contó a sus hijitos cómo el joven Jorge Stéphençons descubrió la locomotora, debido a la cual, construyéndose los ferrocarriles, podemos transportarnos con tal facilidad a enormes distancias.

—¡Entonces, papá — preguntó Hugo entusiasmado — tardaban mucho las carretas antiguas?

—¡Cómo no, querido! ¡Días y días llevaban de viaje!

—También sería lindo ir en carretas -- dice el pequeño Esteban.

—¡Tonto! Al paso de los bueyes....; no te imaginas qué cansador sería aquel paseo?

—¡Cierto, papá?

—¡Es natural!... Mientras que ahora... mira la rapidez con que da vuelta todo...

Y mientras comentaban, sin darse cuenta del tiempo pasado, vieron un letrero: «Chivilcoy». El tren se detenía frente a la estación.

—¡Ya llegamos! — gritaron los niños, y descendieron corretones y gozosos, para abrazar a sus primitos que los esperaban en el andén.

LA CASITA

Mientras la mayoría de los niños juega en el recreo, un grupo de ellos rodea a Tomás.

Este niño es bueno y gracioso y siempre tiene algo que contar.

Nunca habla mal del prójimo.

Nunca miente, ni inventa chismes.

Al contrario: cuenta cosas agradables.

¿Queréis saber de qué habla hoy?

Bueno, escuchad.

—Chicos, ¿quieren que les describa mi casita?

Sé que todos tendrán una, tan linda o mejor que la mía, pero no sé si todos la querrán tanto como yo.

—Bueno, Tomasito, dinos por qué la quieres tanto.

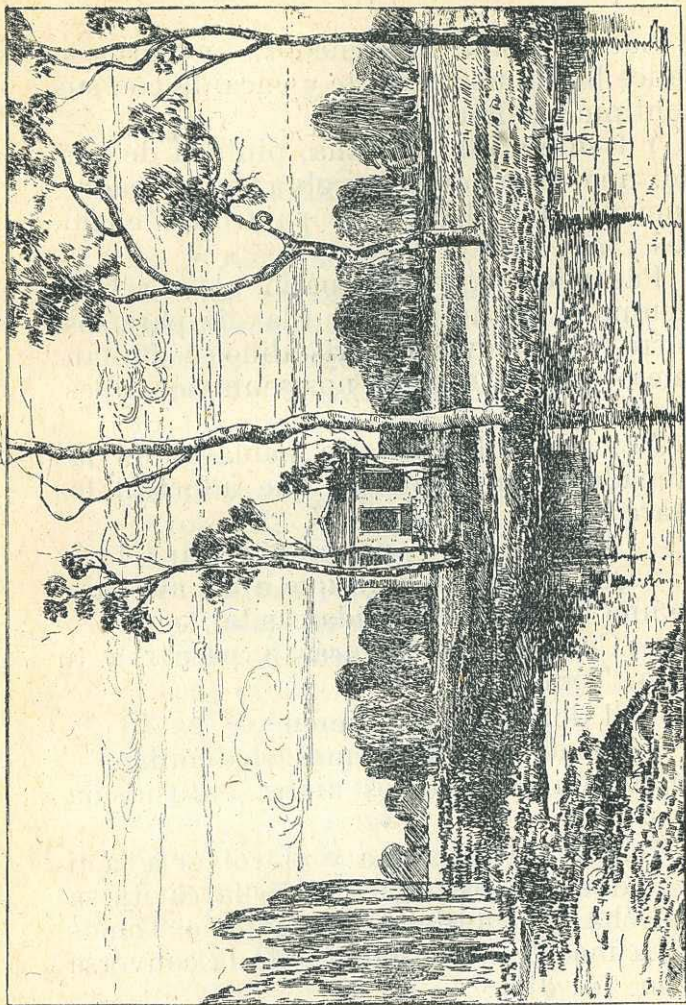
—Porque en ella paso las horas más deliciosas.

Mi mamá, tan dulce y buena, no hace más que acariciarme; mi papá me aconseja con paciencia.

Mis dos hermanitos juegan y ríen conmigo, sin pelearme jamás.

No penséis que mi casita es un palacio; no, ¿qué esperanza! Es pobre y sencilla, pero tiene mucho aire y mucha luz.

Un jardincito, donde cada uno de nosotros tiene su plantita predilecta, rodea nuestros dormitorios y perfuma la atmósfera que respiramos.



La casita

Luego, frente al comedor, un hermoso sauce llorón nos divierte y encanta con sus continuos balanceos.

Y frente a una ventana, pintada de verde, una gran pajarera, obra de mi padre, encierra una docena de pajaritos deliciosos y cantores.

Pasando un guarda-patio, donde hace tiempo se plantaron dos filas de paraísos, corre un arroyuelo, cristalino y bullanguero, a cuya margen nos sentamos a pescar mojarritas.

Ah... Me olvidaba de hablaros de las trepadoras enredaderas, que adornan los marcos de la ventana... Y...

—¿Y qué más? — preguntó Oscar.

—Que yo les aseguro que a mí me parece una delicia mi querida casita...

—¿Cuándo nos llevarás a pasear a tu casa, Tomasito?

—El domingo, si quieren.

—Bueno, chicos, iremos el domingo — repitieron en coro los niños, entusiasmados.

Tocaron la campana y al volver a la fila todos miraban con cariño la carita satisfecha y regordeta del pequeño Tomás.

La maestra, que había oído la conversación, les dijo:

—¡Queridos: imitad a vuestro compañero, que es un niño contento con su suerte

PAJARITOS

En la dorada jaula
De bien seguras puertas,
Saltarines canarios
Cruzan y juegan...
A mí me encanta oírles
En las mañanas frescas
Cuando con sus cantitos
Alegres me despiertan...
Otros, allá en el patio,
En la gran pajarera,
De piquitos oscuros
Y plumaje de seda,
Con sus dulces gorjeos
Desde afuera contestan,
Y así se forma un coro
Que encanta y embelesa...
—¿Qué mejor que esta vida,
Canarito, deseas,
Que vivir adorado
Por tu amiga pequeña?
¿No ves que es grande el mundo?
¿A qué buscar la puerta,
Deseando huir del nido —
De tus seguras rejas?...—
Hablabá así la niña,

La inocente Graciela,
Al jilguero mimado
Y al corbatita negra,
Cuando al sentirle, entonces,
Su mamacita buena,
Sintió pena profunda
y habló de esta manera:
—Ven para acá, mi hijita,
Y mira por doquiera...
Por el azul plateado
de la celeste esfera.
¡No es una gran delicia
Mirar cómo festeja
Su libertad gloriosa
Esa bandada bella?...
¡No será de amargura
Que cantan y se quejan
Tus pájaros queridos
Aquí dentro estas rejas?...
—Ah, mi mamita linda...
Mirad si siento pena
Desde que ya mis ojos
De lágrimas se llenan...
—Sí, mi querida hijita...
¡Qué te parece, nena,
Si me encerrara un hombre
En una triste pieza?
¡No te parece hermoso
A ti, que eres tan buena,
Que esos animalitos,
Que tan dulce se quejan,

Vuelen por el espacio
Y vayan donde quieran?...
—Sí, mamacita mía:
Aunque con honda pena,
Adiós, diré a mis pájaros...
Ya abrí la pajarera...
¡Canta, piquito de oro!...
Canta, corbata negra...
La gloria de ser libre,
Canta en tu dulce lengua!...
Y la manita blanca
De la pequeña nena,
Temblando de ternura,
Abrió la estrecha reja...
Y como mariposas
Ya libres y contentas
Vuelan las avecillas,
Y al bendecir su dueña,
Cantaron saltarinas,
como diciendo: ¡Nena...
Decid a tus amigas,
Las que también encierran
Los bellos pajaritos
Entre mezquinas rejas:
—¡No veis que las alitas
Que dió Naturaleza
Son para que viajemos
Felices por la tierra?...

INDICE

	<u>Pág.</u>
A los maestros	3
El libro de lectura	7
Félix	10
Lolita	11
Los patitos	12
Pimpón	14
Jorge	15
Golosa	16
Micifuz	18
Jugando	20
El canario	21
En el recreo	22
Lavando	24
Campanillas azules	26
¿Por qué lloras?	28
Los claveles de Eloísa	30
El buque	31
El otoño	33
Tarde de otoño (poesía)	35
Periquín	37
Generosidad	38
Higiene	40
Comiendo	41
La mañana	43
Plantas	46
La primavera	48
La primavera (poesía)	49
Estudiando	51
Jugando a la escondida	53
Sarmiento	55
Barquito	57
Nuestros héroes (poesía)	59
Huérfana	60

	<u>Pág.</u>
Mariposas	61
El barrilete	64
Ordeñando	66
Al río	68
Minerales	70
En la quinta	73
Día de lluvia	76
El recreo	78
Las niñas madrugadoras	80
El Himno Nacional Argentino	82
La planta de maíz	84
El maíz crece	85
El petizo de Arturo	87
Ciego	89
Patria (poesía)	90
La muñeca de Alicia	91
Patria	94
Canto a la libertad (poesía)	96
Elvirita	98
Belgrano	101
Canto a la Bandera	103
San Martín	106
Animales	108
Animales (continuación)	110
De noche	112
El velocípedo de Carlos	115
Viajando	117
La casita	120
Pajaritos	123





62

LL
1925
GOM